

# NEW LEFT REVIEW 88

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2014

## ARTÍCULOS

EMILY MORRIS	Cuba inesperada	7
MARCO D'ERAMO	UNESCOcidio	52

## ENTREVISTA

GLEB PAVLOVSKY	La visión que Putin tiene del mundo	60
----------------	-------------------------------------	----

## ARTÍCULOS

KEVIN PASK	Nacionalismos estadounidenses	72
JEAN-PAUL SARTRE	Marxismo y subjetividad	92
FREDRIC JAMESON	La actualidad de Sartre	122

## CRÍTICA

WOLFGANG STREECK	La política de la salida	129
MICHAEL CHRISTOFFERSON	¿Una mente de izquierdas?	138
KRISTIN SURAK	Revendiendo Japón	146
HUNG HO-FUNG	¿Canadización?	159

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



Secretaría de  
Educación Superior,  
Ciencia, Tecnología e Innovación



tráfico de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

KEVIN PASK

## MOSAICOS DEL NACIONALISMO ESTADOUNIDENSE

**S**I EL NACIONALISMO constituye un fenómeno esencialmente moderno, el nacionalismo estadounidense es, a estas alturas, tan venerable como imponente, habida cuenta de que entró en escena antes de que la mayoría de las naciones europeas pudieran abandonar completamente la crisálida de los Estados dinásticos que las albergaban. Benedict Anderson otorga una especial consideración a las experiencias que tuvieron lugar en el Nuevo Mundo en la formación inicial de comunidades imaginadas en términos específicamente nacionalistas<sup>1</sup>. El nacionalismo estadounidense comparte con el francés una vocación de universalidad, un «imperio de libertad», como denominó el francófilo Jefferson a la república estadounidense; pero, a diferencia de Francia, también ha reivindicado con frecuencia una relación especial con la Divina Providencia<sup>2</sup>. Nunca ha vacilado a la hora de considerar la identidad «estadounidense» como eminentemente propia, con independencia del *americanismo* del resto del hemisferio. Como sucedió con otros nacionalismos del Nuevo Mundo, heredó una lengua materna de una lejana potencia europea; pero, a diferencia de una España o un Portugal en decadencia, el imperio natal de la mayoría de los primeros estadounidenses desempeñó un papel fundamental en el sistema global

---

<sup>1</sup> Véase en particular la esclarecedora discusión de Anderson acerca de las diferencias existentes entre los nacionalismos norteamericano y sudamericano, que permitieron que Estados Unidos se convirtiera en un Estado continental, incluyendo la cohesión geográfica de las Trece Colonias (un área más pequeña que Venezuela) y la ausencia de rivales «nacionales»: «¿No es probable acaso que, si hubiera existido en California una considerable comunidad de habla inglesa en el siglo XVIII, habría surgido allí un Estado independiente, como Argentina respecto a un Perú de las Trece Colonias?», *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, edición revisada, Londres y Nueva York, 1991, pp. 63-64.

<sup>2</sup> Para el «nacionalismo universal» de Estados Unidos, véase Robert Kagan, *Dangerous Nation: America's Place in the World from Its Earliest Days to the Dawn of the Twentieth Century*, Nueva York, 2006, pp. 42-43.

de acumulación al declararse la independencia de las Trece Colonias<sup>3</sup>. A diferencia de Canadá, otro Estado continental, procedente de la conjunción de las colonizaciones francesa e inglesa como baluarte frente a la expansión estadounidense, la identidad estadounidense no incluía dos lenguas y culturas europeas en un mismo Estado, un hecho que ha impedido que se produjera un único nacionalismo canadiense. Provisto de tan grandes ventajas, así como de un territorio maduro para la conquista, el nacionalismo estadounidense semeja un experimento realizado sin apenas esfuerzo, inmerso en un proceso de autoinvención y expansión continuas.

Sin embargo, por algunos de los mismos motivos, hace tiempo que los historiadores estadounidenses vienen mostrando una persistente renuencia a la hora de aplicar un lenguaje nacionalista, asociado a las arraigadas identidades atribuidas a las naciones europeas, al caso de Estados Unidos. Asimismo, el país se tomó más en serio su condición de federación de Estados que la de Estado-nación propiamente dicho, en el cual el Gobierno central resultaba primordial. «La vieja República estadounidense era federal, no centralizada ni nacional», escribe John Lukacs. «Las palabras “nacional” o “nación” no aparecen en la Constitución y apenas fueron utilizadas por la generación de los Padres Fundadores. Durante el siglo de la inmigración masiva, desde 1820 hasta 1920, se extendió el uso de este vocablo, si bien todavía en ese último año el sensato historiador Charles A. Beard afirmaba que “nacional” constituía un concepto más europeo que estadounidense»<sup>4</sup>.

El contrapeso federalista a la identidad nacional y a la acción política nacionalista declinó rápidamente en el siglo XX. En la década de 1920, incluso el presidente conservador Warren Harding pudo asegurar que

---

<sup>3</sup> Las continuidades entre la forma del Imperio británico y la del estadounidense han sido destacadas tanto por William Appleman Williams, *Empire as a Way of Life: An Essay on the Causes and Character of America's Present Predicament, Along with a Few Thoughts About an Alternative*, Nueva York, 1980, pp. 16-23 [ed. cast.: *El imperio como forma de vida*, México DF, FCE, 1989], y Walter Russell Mead, *God and Gold: Britain, America, and the Making of the Modern World*, Nueva York, 2007. Giovanni Arrighi, sin embargo, subraya las diferencias cruciales vigentes entre las formas británica y estadounidense de territorialismo y acumulación de capital: el desarrollo estadounidense de un imperio territorial interno y el perfeccionamiento afín de la corporación integrada verticalmente: *The Long Twentieth Century: Money, Power, and the Origins of Our Times*, Londres y Nueva York, 1994, esp. pp. 287-295 [El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época, Madrid, Akal, 1999].

<sup>4</sup> John Lukacs, *Outgrowing Democracy: A History of the United States in the Twentieth Century*, Garden City, Nueva York, 1984, p. 142.

«las fronteras estatales prácticamente han dejado de tener una importancia más que geográfica<sup>5</sup>». Los estadounidenses se han acostumbrado a verse a sí mismos como un Estado-nación bastante coherente y se muestran impacientes con las barreras federalistas a la acción nacional. En este análisis, compartido en particular por los liberales estadounidenses, la centralización del Estado constituye el complemento necesario de la identidad nacional<sup>6</sup>. No obstante, parece ser que finalmente la vía que opuso menor resistencia al desarrollo de un Estado nacional centralizado en Estados Unidos fue la del Estado militarizado comprometido con la seguridad nacional. Así pues, el historiador del nacionalismo estadounidense debe buscar sus fuentes tanto en el exterior como en el interior. Por otro lado, las recientes vicisitudes que ha atravesado el imperio estadounidense, caracterizadas por Giovanni Arrighi como la «crisis terminal» de todo el «ciclo de acumulación estadounidense», también sugieren una crisis interna de la naturaleza del nacionalismo estadounidense, que revela divisiones regionales ocluidas desde la fase inicial de ese «ciclo de acumulación» que tuvo lugar en el periodo posterior a la Guerra Civil estadounidense<sup>7</sup>.

Este proceso está vagamente presente en el reciente debate (basado, naturalmente, en los gráficos de las redes nacionales de televisión) de los estados rojos (republicanos) y los estados azules (demócratas), pero la interpretación del proceso legislativo federal ha suscitado un discurso más sostenido y más envenenado de las divisiones regionales que alcanzó un grado extremo durante el cierre del Gobierno federal en octubre de 2013, generando un aluvión de comentarios sobre la «resistencia masiva» esencialmente sureña (un término que hace referencia a la intransigencia legislativa que caracterizó al sur blanco durante el periodo

---

<sup>5</sup> Citado en Frederick Jackson Turner, «Sections and Nation» [1922], en *Frontier and Section: Selected Essays of Frederick Jackson Turner*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1961, p. 150.

<sup>6</sup> De acuerdo con Francis Lieber, nacido alemán, que escribía en 1839: «La centralización es la convergencia de todos los rayos del poder en un punto central; la nacionalización es la difusión de la misma sangre a través de un sistema de arterias por todo un cuerpo político, en realidad, es el surgimiento del cuerpo político como tal, moral y plenamente consolidado de una masa de otro modo no articulada», citado por Hans Kohn, *American Nationalism: An Interpretative Essay*, Nueva York, 1957, p. 133.

<sup>7</sup> Véanse en particular los ensayos sobre el desmoronamiento de la hegemonía estadounidense en *NLR* 32 y 33, marzo-abril y mayo-junio de 2005, reimpresos en *Adam Smith in Beijing: Lineages of the Twenty-First Century*, Londres y Nueva York, 2007, pp. 175-249 [*Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*, Madrid, Akal, 2007].

de los Derechos Civiles) a un Gobierno federal funcional<sup>8</sup>. Puesto que el apoyo legislativo al cierre no se limitó al Sur, sino que reflejó la ya bastante conocida, aunque radicalizada, alianza Nixon-Reagan-Bush que abarca la zona occidental interior, la zona sur del Medio Oeste y el Sur, la retórica regional es prueba fehaciente del continuado poder que mantienen las divisiones de la Guerra Civil estadounidense bajo la presión generada por la disfunción política doméstica.

### *Prenacionalismo*

Si bien se consideraba que la Revolución americana había creado una nación a partir de las distintas colonias estadounidenses, la república de los primeros tiempos siempre se caracterizó por fuertes afiliaciones regionales más que «nacionales». En el primer Congreso Continental, celebrado en 1775, John Adams señaló las diferencias existentes entre los dirigentes de las distintas colonias:

El carácter de los caballeros de las cuatro colonias de Nueva Inglaterra difiere tanto del de los de las demás como difiere el carácter de la gente común y corriente, esto es, casi tanto como si se tratara de *varias naciones bien diferenciadas*. Los caballeros, los hombres inteligentes o con alguna clase de educación en las otras colonias son muchos menos en proporción que en Nueva Inglaterra. Los señores en las demás colonias tienen grandes plantaciones de esclavos y la gente común a su alrededor es muy ignorante y muy pobre. Estos caballeros están acostumbrados, habituados, a un concepto más elevado de sí mismos y de la distinción existente entre ellos y la gente común que nosotros<sup>9</sup>.

Adams se refiere a varias naciones, pero en realidad su lenguaje invoca dos naciones clave, Nueva Inglaterra y los estados esclavistas sureños.

Ni la Revolución ni la Constitución lograron trascender estas diferencias. De acuerdo con la influyente formulación de John Murrin, la Constitución,

---

<sup>8</sup> Véase, por ejemplo, Michael Lind, que ha asociado al Partido Republicano con la «resistencia masiva» desde por lo menos el principio de la presidencia de Obama: «Tea Party Radicalism Is Misunderstood: Meet the “Newest Right”», *Salon*, 6 de octubre de 2013; o Garry Wills, «Back Door Secession», *The New York Review of Books* blog, 9 de octubre de 2013. Para Lind, «los miembros dominantes de la nueva derecha son los notables locales sureños blancos, los *Big Mules* [las grandes mulas], como el populista sureño Big Jim Folsom describió en una ocasión a los señores de las concesiones de automóviles, los clubes de campo y las cámaras de comercio locales». <sup>9</sup> Carta de 25 de noviembre de 1775; citada en Jack Greene, «State and National Identities in the Era of the American Revolution», en Don Doyle y Marco Antonio Pamplona (eds.), *Nationalism in the New World*, Athens (GA), 2006, p. 67 [cursivas, de Greene].

que unió formalmente los nuevos Estados Unidos, en la práctica creó «un tejado sin muros»: un aparato federal para el gobierno de asuntos comunes de comercio y defensa entre los estados, pero sin los muros que constituirían una identidad nacional común. «La identidad nacional estadounidense fue, en resumidas cuentas, una creación de la Revolución, inesperada, improvisada, artificial y, por lo tanto, extremadamente frágil. Sus raíces sociales eran mucho más débiles que aquellas que dieron lugar a los Estados Confederados de América en 1861 y, sin embargo, la Confederación fue aplastada por la fuerza militar»<sup>10</sup>. En términos constitucionales, el Gobierno federal más o menos asumió los poderes que en otro tiempo recayeron sobre el Estado británico, por lo que no debe sorprendernos que los estados defendieran celosamente sus prerrogativas, ni que los antifederalistas lograsen introducir la Carta de Derechos (*Bill of Rights*), que prohibía expresamente al Estado federal asumir los poderes de la «tiranía» británica sobre sus colonias. De este modo, el recelo hacia un Estado centralizado quedó incorporado a la Constitución. Posteriormente, Tocqueville observó que la lealtad afectiva de los estadounidenses se dirigía a los Gobiernos de los estados y no al Gobierno federal. Las disposiciones de la Constitución «daban dinero y soldados a la Unión, pero los estados mantenían el afecto y los prejuicios de las gentes»<sup>11</sup>.

En ausencia de otras formas de identificación nacional, los dos partidos de los primeros tiempos, los federalistas y sus oponentes jeffersonianos, «aceptaron la Constitución como parámetro, un proceso que mantuvo el sistema en funcionamiento y convirtió a sus arquitectos en algo así como populares semidioses en el transcurso de una generación», escribió Murrin. «En pocas palabras, la Constitución se convirtió en un

---

<sup>10</sup> John Murrin, «A Roof without Walls: The Dilemma of American National Identity», en Richard Beeman, Stephen Botein y Edward C. Carter (eds.), *Beyond Confederation: Origins of the Constitution and American National Identity*, Chapel Hill (NC), 1987, pp. 344-345.

<sup>11</sup> Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, Chicago, 2000, p. 157 [ed. cast.: *La democracia en América*, Madrid, Akal, 2002]. Sin embargo, «Los diferentes estados no solo tienen los mismos intereses, el mismo origen y el mismo lenguaje, sino también el mismo grado de civilización, lo cual casi siempre permite que lleguen a acuerdos fácilmente»; «por lo tanto, Maine y Georgia, situados a ambos extremos de un vasto imperio, encuentran naturalmente más oportunidades reales para formar una confederación que Normandía y Bretaña, separadas tan solo por un arroyo»: pp. 158-159. Más tarde, Tocqueville contrasta el estado libre de Ohio con el esclavista Kentucky como si de hecho pertenecieran a dos civilizaciones muy diferentes: pp. 331-333. Tocqueville tenía opiniones divididas respecto a la homogeneidad de los estados estadounidenses, dependiendo en parte de hasta qué punto tenía en mente la cuestión de la esclavitud en el momento de escribir.

sustituto de cualquier otra clase más profunda de identidad nacional. El nacionalismo estadounidense es distinto porque durante prácticamente su primer siglo fue marcada y exclusivamente constitucional. La gente sabía que sin la Constitución Estados Unidos no existiría»<sup>12</sup>. Sin embargo, el hecho de compartir unos fundamentos constitucionales no palió la rivalidad existente entre las «naciones», que desempeñó un papel crucial en el proceso de expansión del nuevo país. La historia estadounidense, desde la firma de la Constitución hasta la Guerra Civil, está marcada no tanto por el crecimiento del espíritu nacional como por la creciente y feroz competición entablada entre estados esclavistas y libres por el *Lebensraum* en el Oeste. Frederick Jackson Turner identificó hace tiempo esta competición como el rasgo dominante de la vida política estadounidense anterior a la guerra:

Pero la Guerra Civil no fue sino la más drástica y trágica de las manifestaciones regionales, y en buena medida la forma que adoptó dependió del hecho de que ambas sociedades rivales, libres y esclavas, estuvieran avanzando unas junto a otras hacia los territorios del Oeste, cada una tratando de dominar la parte trasera del país, el interior, negociando acuerdos de vez en cuando, algo así como los tratados diplomáticos de las naciones europeas, definiendo esferas de influencia y adjudicando mandatos, como en el Compromiso de Missouri, el Compromiso de 1850 y la Ley de Kansas-Nebraska. Cada región del Atlántico se vio verdaderamente envuelta en una lucha de poder, y este poder habría de lograrse avanzando hacia el cada vez más extenso Oeste [...]. Las luchas que se entablaron entre las potencias rivales europeas por el control del ferrocarril de Bagdad, la ofensiva de Alemania hacia los ricos territorios conformados por los Balcanes e India y el proyecto de «Europa Central» en el contexto histórico de la Guerra Mundial guardan cierta semejanza con estas luchas regionales por los territorios adyacentes aún más valiosos del valle del Misisipi<sup>13</sup>.

El Sur pensaba, con cierta razón, que su propia supervivencia a largo plazo dependía de que la esclavitud se extendiera a los estados del Oeste. El objetivo original del Partido Republicano no era la abolición total, sino la restricción de la esclavitud a su base del sur de Estados Unidos, de modo que se produjera una contención demográfica y, a largo plazo, un debilitamiento del poder esclavista en la Federación. Lincoln no necesitó amenazar con la abolición de la esclavitud para que los estados sureños optaran por la secesión. La inminente contención de su expansión fue suficiente para despertar la crisis existencial por la supervivencia del Sur.

<sup>12</sup> J. Murrin, «A Roof without Walls», cit., pp. 346-347.

<sup>13</sup> F. J. Turner, «The Significance of the Section in American History» [1925], en *Frontier and Section*, cit., pp. 118, 122.

*El triunfo del Norte*

En el momento de la ruptura, la Constitución auspició dos naciones. Cuando llegó el momento de escribir la suya propia, los Estados Confederados de América crearon deliberadamente una constitución que emulaba la Carta Federal, al tiempo que desarrollaba la libertad de los estados individuales que, afirmaba, había sido ignorada por el poder del Norte. Asimismo, mantuvo la celebración del 4 de Julio e invistió como presidente a Jefferson Davis el día del cumpleaños de Washington. No obstante, el nacionalismo sureño era, como ha defendido Murrin, más fuerte que el del Norte, y nunca llegó a apagarse<sup>14</sup>. El nacionalismo del Norte adoptó la forma de un regreso a la vieja unión, cuyos términos habrían de ser negociados. A diferencia del Sur, el Norte produjo un nacionalismo que insistía en identificarse con la totalidad del Estado estadounidense, incluido el Sur.

Sin embargo, a pesar de presentar aparentemente una menor propensión al nacionalismo, el Norte no vaciló en utilizar la ausencia temporal y, posteriormente, la tutela que supuso la Reconstrucción para los estados sureños, para avanzar en la conquista territorial del Oeste por su propia cuenta. «Lo que consiguió la guerra», escribe Gareth Stedman Jones, «fue eliminar los grilletes políticos e institucionales que limitaban el capitalismo industrial»<sup>15</sup>. Turner cita, aunque sin aprobarlo completamente, al sociólogo francés Émile Boutmy cuando menciona las características generales de la expansión estadounidense hacia el Oeste: «Su objetivo

---

<sup>14</sup> J. Murrin sostiene que la intensificación del nacionalismo sureño se debió parcialmente a las diferencias existentes entre los tipos de «anglicización» evidentes ya en el siglo XVIII. «En Nueva Inglaterra, la influencia inglesa era central. Al margen del orden social, conservó buena parte de su singularidad original, como, por ejemplo, la observancia del Sabbath puritano y los sermones en la elección anual. En las colonias sureñas la influencia inglesa fue marginal y mantuvieron su singularidad esencial, que ahora más que nunca se caracterizó por las plantaciones y la mano de obra esclava. La base económica de un hacendado no tenía equivalente inglés, pero su comportamiento diario imitaba muy de cerca al de la alta burguesía rural»: «A Roof without Walls», p. 337.

<sup>15</sup> «Las leyes aprobadas por los Congresos de la guerra dominados por el Norte incluyeron medidas de fortalecimiento de la banca central, altos aranceles para proteger a las nuevas industrias, una ley de contratación laboral para proporcionar un flujo constante de mano de obra inmigrante barata, la Homestead Act [Ley de Asentamientos Rurales] para lograr el apoyo del Oeste y la ayuda federal para llevar a cabo mejoras internas (la concesión de generosos préstamos y territorios libres para construir conexiones ferroviarias entre las industrias del Este y las granjas del Oeste, unificando así el mercado interno)»: Gareth Stedman Jones, «The Specificity of US Imperialism», *NLR* 1/60, marzo-abril de 1970, p. 70.

fundamental y preponderante es cultivar y asentarse en esas praderas, bosques y extensas tierras baldías. La característica sorprendente y peculiar de la sociedad estadounidense es que no se trata tanto de una democracia como de una enorme empresa comercial dedicada al descubrimiento, cultivo y capitalización de su enorme territorio. Estados Unidos constituye fundamentalmente una sociedad comercial, y solo en segundo lugar, una nación»<sup>16</sup>. Así, protegido por un programa de energía e inversiones por parte del Gobierno realizado a una escala inconcebible durante el periodo prebélico de rivalidad regional, Estados Unidos se convirtió en una potencia continental plena entre 1865 y 1900. La frontera y la inmigración, acentuadas ambas durante este periodo, se convirtieron en elementos cada vez más centrales en la formulación de la identidad nacional.

Los estadounidenses suelen equivocarse al comprender erróneamente este enorme proyecto del Norte como un proyecto enteramente nacional, lo cual ha dado lugar a una fuerte identificación de la nación con los emblemas del Oeste, especialmente su célebre *cowboy*, así como con la «tesis de la frontera» que formuló Turner en 1893 y que sustenta la teorización del excepcionalismo estadounidense. Lo que Turner, de hecho, introdujo fue la sublimación del triunfo del Norte en la supuesta trascendencia de las viejas divisiones regionales y las formaciones cuasi europeas: «La democracia estadounidense no nació del sueño de un teorizador; no fue transportada a Virginia en el *Sarah Constant*, ni a Plymouth en el *Mayflower*. Nació en los bosques estadounidenses y se fortaleció cada vez que alcanzaba una nueva frontera»<sup>17</sup>. El propio Turner, hijo de un político republicano de Wisconsin, fue producto de la migración hacia el Oeste que realizó la «nación» yanqui a través de las regiones septentrionales del Medio Oeste estadounidense, y la tesis de la frontera podría considerarse la extensión ideológica de esa migración como versión de la victoria del Norte<sup>18</sup>.

Mientras Turner erigía el ideal de la frontera como crisol de la identidad estadounidense, trascendiendo así las viejas regiones, la inmigración iba transformando el carácter étnico de las ciudades del Norte. Las características étnicas de la nación sureña (una mezcla de elites de las

---

<sup>16</sup> F. J. Turner, «The Problem of the West» [1896], en *Frontier and Section*, cit., p. 68.

<sup>17</sup> Frederick Jackson Turner, *The Frontier in American History* [1920], Nueva York, 1948, p. 293.

<sup>18</sup> Para una elocuente interpretación reciente de Estados Unidos como una polémica colección de «naciones» fundacionales, incluida la región conocida como «Yankeedom» que se extiende a través de los estados septentrionales desde su patria original en Nueva Inglaterra, véase Colin Woodard, *American Nations: A History of the Eleven Rival Regional Cultures of North America*, Nueva York, 2011.

plantaciones, de origen inglés, antiguos esclavos y escoceses-irlandeses de los Apalaches) permanecieron en buena medida intactas; las oleadas de inmigración posteriores a la Guerra Civil estadounidense se dirigieron principalmente a las ciudades norteañas y al lejano Oeste. Las leyendas en torno al individualismo y la democracia de la frontera junto con la frenética maquinaria de asimilación se convirtieron en ingredientes fundamentales del nacionalismo estadounidense, iniciado por el Norte durante y después de la Guerra Civil, que dominaría la cultura estadounidense durante los cien años siguientes<sup>19</sup>.

Hollywood se convirtió en el mayor publicista, entre una gran diversidad de medios de comunicación que competían entre sí, de esta versión del nacionalismo estadounidense. La gran innovación de la narrativa fílmica, *The Birth of a Nation*, de D. C. Griffith, representó también un ejercicio de épica nacional: una celebración del Ku Klux Klan como instrumento al servicio de la resurrección sureña y, en última instancia, de la armonía nacional; Woodrow Wilson convirtió esta película en la primera en proyectarse en la Casa Blanca. Sin embargo, a la larga, otros géneros más elásticos terminaron por dominar el repertorio hollywoodiense y el propio Griffith se convirtió en una figura aislada en el Hollywood por el que tanto había hecho<sup>20</sup>. El *western* destaca entre los géneros de Hollywood como el romance bucólico de la nación, que garantizaba que Billy Yank y Johnny Reb terminaran por reconciliarse en las inmensas extensiones del Oeste y que convirtió el Monument Valley de Ford en la catedral natural de la identidad estadounidense. La tesis

---

<sup>19</sup> Generalmente asociada a la *Progressive Era* [1890-1930] y especialmente al *New Deal*, la asimilación también produjo otra versión del americanismo abierto a los nuevos estadounidenses. Joseph McCarthy, de padre irlandés-estadounidense y madre alemana-estadounidense, pretendía, al menos parcialmente, de acuerdo con John Lukacs, «la humillación de los estadounidenses de vieja ascendencia anglosajona, la gente de convicciones más sosegadas y liberales. En 1949 me hizo gracia leer que una sección de la American Legion en Filadelfia acusaba de antiamericanismo a los directores de la sección de Filadelfia de los United World Federalists (un inocuo grupo de liberales). Los nombres de los acusados eran, sin excepción, ingleses, galeses o escoceses; los nombres de sus acusadores eran ucranianos, italianos y eslovacos», *Outgrowing Democracy*, cit., p. 143.

<sup>20</sup> Como ha defendido Perry Anderson, la simplicidad de las fórmulas de los géneros de Hollywood respondía en parte a la necesidad de hacer un cine nacional que estuviera a disposición de una población inmigrante heterogénea: «Force and Consent», *NLR* 17, septiembre-octubre de 2002. Para profundizar en las intersecciones entre raza e identidad inmigrante en la construcción de la identidad estadounidense en Hollywood, véase Michael Rogin, *Blackface, White Noise: Jewish Immigrants in the Hollywood Melting Pot*, Berkeley, 1996. La cara negra del inmigrante judío (*The Jazz Singer*) proponía una forma simbólica de mestizaje cuya potencial realización solo podía ser demonizada en *Birth of a Nation*.

de la frontera de Turner se había convertido, a diferencia de la mayoría de los argumentos historiográficos, en el material que utilizaron tanto historiadores como presidentes, desde Theodore Roosevelt hasta John Kennedy, y las películas del Oeste, al menos hasta sus últimos días, se dirían sistemáticamente sacadas de un guion de Turner. Así pues, en el periodo comprendido entre la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial, el nacionalismo estadounidense constituyó un regulador entre la triunfante expansión nortea hacia el lejano Oeste, la teorización de Turner de este proceso como creación de una identidad excepcionalmente estadounidense, supuestamente no marcada por las viejas diferencias sectarias, y, finalmente, la incorporación de los inmigrantes a esta identidad nacional por parte de la *Progressive Era* y de Hollywood.

### ¿Nuevas fronteras?

A pesar de su carrera triunfal en el imaginario estadounidense, la tesis de Turner tuvo una cierta y extraña connotación de despedida. Fue presentada por primera vez en un discurso realizado en 1893 en el que Turner abordaba en detalle el reciente anuncio de la Oficina del Censo en virtud del cual la frontera occidental quedaba efectivamente cerrada: el país se había «llenado» entre los estados del Pacífico y la frontera del Medio Oeste de 1860 en un lapso extraordinario. ¿Cuál sería ahora el curso de la democracia estadounidense? «Todo el pensamiento posterior de Turner estuvo teñido de esta incómoda resistencia a las implicaciones pesimistas asociadas a la idea de la frontera», escribió Richard Hofstadter. «Si, como él había dicho, la democracia estadounidense nació en tierras libres y se fortalecía cada vez que alcanzaba una nueva frontera, ¿acaso no podría perder fuerza gradualmente tras la desaparición de la última frontera y, en última instancia, morir por falta de su particular alimento? Había una solución que encajaba bien con el optimismo de la llegada del siglo americano: «Y, sin embargo, afirmaba Turner (utilizando quizá por primera vez la frase que John F. Kennedy haría suya durante la década de 1960), si la civilización industrial provocaba conmoción y aprensión, también suponía un reto: “En vez de las viejas fronteras de la naturaleza inexplorada, existen nuevos límites no alcanzados en el campo de la ciencia, provechosos para las necesidades de la raza; existen las fronteras de unos ámbitos sociales mejores que aún no han sido exploradas”»<sup>21</sup>. Desde el «nuevo nacionalismo» de Theodore Roosevelt, presentado en

---

<sup>21</sup> Richard Hofstadter, *The Progressive Historians: Turner, Beard, Parrington*, Nueva York, 1968, pp. 107, 109-110; cita de F. J. Turner, *The Frontier in American History*, cit., p. 300.

un discurso de 1910 en Osawatomie, centro de la campaña abolicionista de John Brown en «la sangrienta Kansas», hasta la «nueva frontera» de Kennedy, la «idea del Oeste» animó el progresismo estadounidense.

Sin embargo, las fronteras nacionales eran limitadas, al menos si las comparamos con las libertades de un presidente estadounidense en el extranjero<sup>22</sup>. La sustitución de las fronteras domésticas por las exteriores corresponde a Brooks Adams, quien, como Turner, estaba preocupado por el fin de la expansión continental estadounidense; a diferencia de Turner, él se sentía como en casa entre las elites de la política exterior de la Costa Este (nieto de John Quincy Adams, hermano de Henry Adams y estrecho colaborador de Theodore Roosevelt). Después de 1898 planteó que solamente una política exterior estadounidense expansionista, especialmente en el Pacífico, preservaría el vigor de la frontera convirtiendo al mismo tiempo a Nueva York en la capital futura del comercio mundial, puesto que se encontraba en la ruta hacia el oeste desde Venecia, Ámsterdam y Londres<sup>23</sup>. El necesario despliegue de fuerza militar era un bien en sí mismo en la medida en que contrarrestaba la casi inevitable decadencia de la sociedad comercial. Naturalmente, todo ello complació plenamente a Theodore Roosevelt y, en una formulación modificada e idealizadora, también a Woodrow Wilson, quien tenía una mayor conexión personal con Turner que con Adams. Asimismo, formó parte central de la vertebración ideológica del siglo americano por venir<sup>24</sup>.

Una política exterior agresiva y expansionista creó efectivamente un nacionalismo estadounidense común que alcanzó su apogeo en el periodo de la Guerra Fría. Esto fue particularmente importante en el Sur, cuyo propio y resistente nacionalismo había soportado la derrota y

---

<sup>22</sup> Para una crítica reciente del presidencialismo estadounidense, véase F. H. Buckley, *The Once and Future King: The Rise of Crown Government in America*, Nueva York, 2014. Buckley deja claro que tanto Canadá como el Reino Unido, sus principales puntos de comparación, también se están perdiendo en sus propias versiones de presidencialismo al estilo estadounidense.

<sup>23</sup> H. Adams, *America's Economic Supremacy* [1900], Nueva York, 1947. La reimpresión, con una larga introducción a cargo del periodista de Washington Marquis Childs, volvió a presentar a Adams a numerosos lectores como el profeta necesario para la América de la Guerra Fría. Para profundizar en las conexiones intelectuales existentes entre Turner y Adams, véase William Appleman Williams, «The Frontier Thesis and American Foreign Policy», *Pacific Historical Review*, vol. 24, núm. 4, noviembre de 1955.

<sup>24</sup> En 1957 Hans Kohn pudo afirmar: «El nacionalismo estadounidense se realiza en la comunidad más amplia del Atlántico Norte, de donde es originario»: *American Nationalism*, cit., p. 228.

la Reconstrucción. El Sur tenía una tradición militar más sólida y orgullosa que el Norte, la calidad de sus cuerpos de oficiales había constituido una de sus pocas ventajas significativas durante la Guerra Civil, y su compromiso con la política exterior expansionista, más que cualquier adhesión a un nacionalismo progresivo, garantizó la coherencia interna del siglo americano. Los votantes blancos del sur aprobaron abrumadoramente la presidencia de Franklin Roosevelt, pero el *New Deal*, al menos tras su fase inicial, se topó con una creciente y aguda resistencia por parte de las elites sureñas, que llegaron a temer que significaría la consolidación del poder federal y el fin de Jim Crow. La transformación del keynesianismo del *New Deal* en el keynesianismo de la Guerra Fría convino, sin embargo, a los líderes de la región; su influencia en el Congreso garantizó que las bases y los contratos de defensa estuvieran desproporcionadamente bien representados en el Sur. El antiguo *Cotton Belt* «aprovechó los aparentemente inagotables e ilimitados recursos del *establishment* de defensa sin recurrir al Estado del bienestar nacional»<sup>25</sup> para construir una parte significativa de la base de infraestructuras y de I+D que contribuyó al posterior éxito económico del *Sunbelt*, al tiempo que lograba olvidar la llegada de los fondos federales mientras pregonaba el espíritu del gobierno pequeño y la libre empresa. En la época de Vietnam, Gareth Stedman Jones pudo apreciar que «el antiguo temor estadounidense» al soldado profesional se había hecho realidad en gran medida como consecuencia del crecimiento del complejo militar-industrial: «La historia ha vuelto al punto de partida. El territorialismo, tan desdeñado por los burgueses del Norte que construyeron el imperio, se practica ahora a escala masiva en todo el mundo por un ejército permanente dominado por el Sur»<sup>26</sup>.

### *El Sunbelt sureño*

El auge posbélico que experimentó el *Sunbelt*, dotado de numerosas bases militares e industrias de defensa, desde Carolina del Sur hasta el sur de California, inclinó la balanza tanto del poder económico como de la identidad nacional hacia el Sur; los estados montañosos del Oeste, que también se beneficiaban enormemente de la generosidad del Departamento de Defensa, fueron parcialmente incluidos en esta alianza. Por otro lado, el surgimiento de Elvis Presley como nuevo icono

<sup>25</sup> Bruce J. Schulman, *From Cotton Belt to Sunbelt: Federal Policy, Economic Development, and the Transformation of the South, 1938-1980*, Nueva York, 1991, p. 172.

<sup>26</sup> G. Stedman Jones, «The Specificity of US Imperialism», cit., p. 86.

de la identidad nacional marcó la aparición de un novedoso ambiente cultural que llegó a rivalizar con la influencia de Hollywood: el mundo del bajo Misisipi que, como el que describía Mark Twain en el siglo anterior, había absorbido y transformado una gran variedad de influencias que fluían a raudales por la cuenca del Misisipi y las había difundido a través de una cultura global que alcanzaba tanto la lejana Liverpool como los nuevos palacios del placer de Las Vegas. *Highway 61 Revisited*, de Bob Dylan, constituyó un tributo del Norte a este mundo que se extiende río abajo, bautizado con el nombre de la autopista que une Minnesota, el estado natal de Dylan, con el delta del Misisipi<sup>27</sup>.

La economía política del Sur, sin embargo, no estuvo a la altura de unas formulaciones culturales tan esperanzadoras. La versión sureña del consenso de la Guerra Fría (gastos de defensa considerados como desarrollo económico y fuerza de trabajo dividida racialmente, con bajos salarios y no sindicada) se reveló como un modelo cada vez más viable para el resto del país, especialmente después de que la disolución de las estructuras formales de Jim Crow la liberaran de los símbolos explícitamente racistas. Ya mediado el siglo xx, el «nuevo Sur» planteó los primeros retos de una nueva versión de la globalización a las industrias estadounidenses que se habían desarrollado inicialmente en el Norte. La industria textil, por ejemplo, abandonó las ciudades fabriles de Nueva Inglaterra estableciéndose en el Sur, antes de salir definitivamente de Estados Unidos.

La nacionalización del modelo político del Sur, frecuentemente asociado a la «estrategia sureña» de Nixon, que fue construida con una base sureña, pero un horizonte nacional, facilitó que se presionase para bajar los salarios justo en el momento en el que la «crisis-señal» indicada por Arrighi del modelo estadounidense de hegemonía y rentabilidad necesitaba capital «para transferir la carga de las presiones competitivas sobre la mano de obra y los grupos subordinados de todo el mundo»<sup>28</sup>. Arrighi cristaliza la transición como el paso de una economía

---

<sup>27</sup> De manera parecida, la *Anthology of American Folk Music* [1952], de Harry Smith, la grabación fundamental del *American Folk Revival* [el renacimiento del folk estadounidense] de la década del 1950 y 1960, constituía de hecho una colección de música *sureña* presentada en un medio cultural fundamentalmente del Norte y de la Costa Oeste, y la eliminación que llevó a cabo Smith de las connotaciones raciales atribuidas a las grabaciones originales resonó como un nuevo y poderoso nacionalismo que traspasó las fronteras raciales y regionales.

<sup>28</sup> G. Arrighi, *Adam Smith in Beijing*, cit., p. 166.

política estadounidense dominada por General Motors al dominio esencialmente sureño de Wal-Mart, pero sin discutir el panorama político interno del cambio<sup>29</sup>.

Michael Lind percibió un «golpe sureño» en la arrolladora victoria republicana obtenida en las elecciones al Congreso de 1994, si bien es cierto que se trató de una victoria que necesitó el apoyo de amplias franjas del Medio Oeste y el Oeste<sup>30</sup>. Entretanto, la versión que ofrecía Lind de un «nuevo nacionalismo» radicaba en su intento simultáneo por revivir una forma de progresismo estadounidense heredado de Theodore Roosevelt<sup>31</sup>. En otras palabras, los llamamientos a la renovación del progresismo nacionalista no pasaron de constituir versiones parcialmente ocluidas de los conflictos regionales. Como señalaba el crítico Georges Weigel en el neoconservador *Commentary*: lo que Lind denomina «la Cuarta Revolución Americana» constituye en realidad el proyecto de una segunda Reconstrucción estadounidense<sup>32</sup>. Más recientemente, el programa del futuro éxito electoral demócrata se ha basado implícitamente en lo que cabría denominarse la estrategia antisureña, o *Whistling Past Dixie*<sup>33</sup>.

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 171-172. Para una discusión más sustancial acerca del papel que desempeñó el sur en el giro hacia la derecha de la política estadounidense desde la década de 1970, véase Robert Brenner, «Structure versus Conjuncture», *NLR* 43, enero-febrero de 2007.

<sup>30</sup> Michael Lind, «The Southern Coup», *New Republic*, 19 de junio de 1995.

<sup>31</sup> Michael Lind, *The Next American Nation: The New Nationalism and the Fourth American Revolution*, Nueva York, 1995.

<sup>32</sup> George Weigel, «About-Face», *Commentary*, julio de 1995. Para conocer otra versión de una explicación efectivamente excepcional del nacionalismo estadounidense, véase Anatol Lieven, quien defiende una especie de versión de Jekyll y Hyde: un «credo estadounidense» que constituye un modelo de nacionalismo cívico, universal y moderno; y un nacionalismo chovinista étnico que resulta ser un nacionalismo fundamentalmente sureño transformado en hiperpatriotismo. «América dispone de una casa espléndida y hospitalaria, [pero] también guarda una familia de demonios en su sótano»: *America Right or Wrong: An Anatomy of American Nationalism*, Londres, 2004, p. 1. En el caso de la guerra de Iraq, sin embargo, que motivó la versión de Lieven, ambas formas de nacionalismo estadounidense fueron como una sola.

<sup>33</sup> Thomas Schaller, *Whistling Past Dixie: How the Democrats Can Win Without the South*, Nueva York, 2006. Los demócratas pueden ganar, afirma Schaller, porque pueden trasvasar el voto de algunos estados del Oeste anteriormente republicanos con la gran ayuda de los votantes hispanos: Nevada, Colorado, Nuevo México. El Sur, incluso Florida, puede concederse a los Republicanos. Con la excepción de la concesión de Florida, este ha sido en realidad el camino de la victoria demócrata en las recientes elecciones presidenciales. La estrategia recuerda a la carrera por el control de los estados occidentales que tuvo lugar durante los años previos a la Guerra Civil. El título de otra versión reciente de las divisiones políticas estadounidenses recuerda explícitamente este viejo patrón: Ronald Brownstein, *The Second Civil War: How Extreme Partisanship Has Paralyzed Washington and Polarized America*, Nueva York, 2007.

*Complejidad regional*

La asociación de Turner con la tesis de la frontera ha dominado su posterior reputación, pero su obra estaba dividida entre su interés en el regionalismo estadounidense (Norte, Sur y Oeste) y la fuerza nacionalizadora de la expansión hacia el Oeste. Como él mismo sabía bien, el continuado papel que desempeñaban las regiones en la cultura y en la política estadounidense constituía la contrapartida casi europea de la ecuación estadounidense, esto es, un mundo de múltiples naciones posibles. En su tardío ensayo «The Significance of the Section in American History» (1925), ya no se mostraba tan convencido de que la frontera hubiera trascendido las diferencias estadounidenses, pero sin embargo pensaba que su país podría ofrecer un ejemplo a Europa de un sistema de gobierno continental capaz de distender el potencial violento de los intereses regionales:

La importancia de la sección en la historia estadounidense radica en que constituye la vaga imagen de una nación europea y que necesitamos reexaminar nuestra historia a la luz de este hecho. Nuestra política y nuestra sociedad han sido configuradas por la complejidad regional y la interacción de manera parecida a lo que sucede entre las naciones europeas [...]. Hemos proporcionado a Europa el ejemplo de una federación continental de regiones en una superficie igual a la de la propia Europa, y mediante la sustitución de la discusión, la concesión y la legislación comprometida por la fuerza, hemos mostrado la posibilidad de que existan partidos políticos internacionales, cuerpos legislativos internacionales y paz internacional. Nuestro sistema de partidos y la variedad geográfica entre las distintas regiones han contribuido a preservar la paz estadounidense. Al contar con una combinación de regiones representadas en un cuerpo nacional representativo, al poseer lo que podría denominarse una Liga de Regiones, comparable a una Liga de Naciones si incluyeran partidos políticos y un cuerpo legislativo, hemos permitido que estas regiones minoritarias defiendan sus intereses y, sin embargo, eviten el uso de la fuerza<sup>34</sup>.

Turner incorpora la práctica de larga data, desde Tocqueville hasta Larry Siedentop, de prescribir el federalismo estadounidense para las dolencias europeas. Llama la atención que la analogía europea acentúe el carácter no nacional del sistema de gobierno estadounidense descrito por Turner: el Congreso como una liga de regiones en vez de como un organismo de deliberación nacional concertada.

---

<sup>34</sup> *Frontier and Section*, p. 135.

Las peculiaridades que presenta el gobierno representativo estadounidense apoyan el razonamiento de Turner. El Gobierno federal es designado para representar a los estados y no a la nación; los senadores representan a sus estados y fueron seleccionados originalmente por las asambleas legislativas de los mismos. La elección de presidente a cargo del Colegio Electoral garantiza el papel central de los estados (con una noche electoral estampada en rojos y azules) en vez del voto popular total en la selección del único dirigente elegido presuntamente para actuar en nombre de la nación. El hecho de que los estadounidenses, por no hablar de los extranjeros, prefieran ignorar el papel crucial que desempeñan los estados en el sistema federal, indicaría el éxito del ideal nacional ahí donde entra en conflicto con las realidades de las regiones y de los estados que dominaron la elaboración de la Constitución.

En los últimos años, otro nativo de Wisconsin, George Kennan, uno de los arquitectos de la Guerra Fría, se ha hecho eco del regionalismo de Turner. Cada vez más insatisfecho con la práctica de proyectar el poder estadounidense en el extranjero, Kennan formuló el análisis concomitante del nacionalismo estadounidense en casa: el país era demasiado vasto y se había desorientado como república<sup>35</sup>. La cuestión del republicanismo a gran escala resulta controvertida en la historia de Estados Unidos; los estadounidenses del siglo XVIII conocían bien la opinión de Montesquieu en virtud de la cual una república, a diferencia de una monarquía, era posible solamente en un Estado relativamente pequeño. Sin embargo, con la enconada experiencia del periodo posrevolucionario en mente, James Madison expuso, como es bien sabido, en el número 10 de *The Federalist*, que una gran república era más capaz de contener el exacerbamiento del resentimiento popular, que podría agravarse en un sistema político más pequeño<sup>36</sup>. Kennan regresó en repetidas ocasio-

---

<sup>35</sup> Kennan, como Turner, era descendiente de la migración yanqui a la zona norte del Medio Oeste; ambos tuvieron éxito en la Costa Este. Turner, sin embargo, nunca se sintió cómodo tras mudarse desde la Universidad de Wisconsin a Harvard, y finalmente emigró a la Biblioteca Huntington, en California. Kennan permaneció en el Institute for Advanced Study de Princeton, pero su disposición quisquillosa y el creciente desencanto hacia la política exterior estadounidense lo mantuvieron relativamente aislado. William Appleman Williams fue otro producto de la zona norte del Medio Oeste; menos aceptable para los centros de poder estadounidenses que Turner o Kennan, y crítico de ambos, Williams pasó la mayor parte de su carrera en la Universidad de Wisconsin y desempeñó un papel central en la «Escuela de Wisconsin» de historia estadounidense.

<sup>36</sup> Para una versión actualizada del pensamiento de Madison, véase Austin Ranney, «Toward a More Responsible Two-Party System: A Commentary», *American Political Science Review*, vol. 45, junio de 1951. Ranney argumenta que el carácter

nes a la formulación más clásicamente republicana: los grandes Estados llevan a un peor gobierno (monárquico); y Estados Unidos era uno de los más grandes. El producto final de esta línea de pensamiento fue la propuesta que planteó en un libro posterior, *Around the Cragged Hill*, de que Estados Unidos se descentralizara formando doce repúblicas, incluidas las ciudades-Estado de Nueva York, Chicago y Los Ángeles, con una estructura federal vagamente definida, pero ciertamente patriótica<sup>37</sup>. Aunque fue casi completamente ignorada, la propuesta de Kennan revela algo del pensamiento interconectado del internacionalismo y el nacionalismo estadounidenses.

Desde un lugar muy diferente de la vida intelectual estadounidense, Gore Vidal llegó a unas conclusiones bastante similares a las de Kennan y aproximadamente en la misma época, en 1994, escribía:

Por qué no dividir el país en varias regiones razonablemente homogéneas, algo así como el sistema suizo de cantones. Cada región cobraría impuestos a sus ciudadanos y proporcionaría los servicios que esos ciudadanos precisarían, en especial educación y sanidad. Washington se convertiría en una capital ceremonial con ciertas funciones. Siempre necesitaremos un sistema modesto de defensa de alguna clase, una moneda común y un Tribunal Supremo que arbitre entre las regiones y mantenga la Carta de Derechos, una novedad para el actual Tribunal<sup>38</sup>.

Tales propuestas no pasan de ser especulaciones, por el momento. Pero la descentralización ha ganado algunos adeptos, principalmente en sectores de la derecha del sistema político estadounidense. El último ciclo del proceso de selección presidencial presentó dos candidatos republicanos, Rick Perry y Ron Paul, ambos de Texas, centro del nacionalismo de estado más vivo de la sociedad estadounidense, y ambos dispuestos a comprometerse con la legitimidad de la secesión de los estados respecto a la Unión. La «anulación» por parte de los estados de las leyes federales que consideran que vulneran la Constitución, tomada de la defensa radicalizada de los derechos de los estados esclavistas por parte de John Calhoun, recuerda al panorama político de la década de 1850; mientras

---

del sistema político estadounidense era antiautoritario, conclusión completamente coherente con el pensamiento de Madison y Hamilton.

<sup>37</sup> George Kennan, *Around the Cragged Hill: A Personal and Political Philosophy*, Nueva York, 1993, pp. 142-156. Kennan parece haber apreciado especialmente su propuesta de un «Consejo de Estado» federal integrado por dignatarios competentes.

<sup>38</sup> Gore Vidal, *The Last Empire: Essays, 1992-2000*, Nueva York, 2001, p. 355 [ed. cast.: *El último imperio. Ensayos 1992-2000*, Madrid, Synthesis, 2002].

tanto, las instituciones federales van dando tumbos de una a otra crisis autoimpuesta. Como sucede con muchas sociedades divididas internamente, la proyección de enemigos y desafíos externos ha demostrado ser un medio útil para generar cohesión interna, al menos temporalmente. No obstante, transcurridos más de sesenta años de Guerra Fría y su pro-genie, tanto la cartera como el espíritu están menguando<sup>39</sup>.

Por otra parte, la propia Constitución continúa siendo una importante barrera contra la centralización legislativa de poderes. El *New Deal* derribó algunas de las barreras que impedían el establecimiento de un sistema político estadounidense plenamente nacional; la Guerra Fría, en última instancia, tuvo mucho más éxito en generar políticas basadas en las supuestas necesidades de defensa nacional, incluida la construcción del sistema interestatal de autopistas<sup>40</sup>. En la esfera constitucional, la derecha estadounidense tiene los mejores argumentos. En el número 39 de *The Federalist*, Madison entendía claramente que la Constitución sería una formación híbrida: tanto federal como nacional. Las competencias nacionales conferidas al Gobierno federal estaban fundamentalmente limitadas a cuestiones de comercio interestatal e internacional, moneda, política exterior y defensa. En estos ámbitos, el Gobierno federal disfrutaba de una libertad fiscal y de acción desconocida para las federaciones europeas del mismo periodo. Al margen de estos ámbitos, la Décima Enmienda insistía en que todas las competencias no asignadas al gobierno federal correspondían a los estados o al pueblo. La Constitución no asignaba *ninguna* competencia en materia de bienestar social al Gobierno federal.

Tan solo una interpretación discutible de las competencias impositivas y de la cláusula de comercio interestatal de la Constitución en la época

---

<sup>39</sup> Este es el gran temor tanto de los neoconservadores como de los intervencionistas liberales. Un número reciente de *The New Republic* muestra en la portada a un agotado Tío Sam junto a la advertencia: «Las superpotencias no logran jubilarse». Robert Kagan explica los detalles de esta renovada orden de trabajo en el interior: «The Allure of Normalcy: What Our Tired Country Still Owes to the World» (*The New Republic*, 9 de junio de 2014). *Encore un effort, citoyens!*

<sup>40</sup> La pesadilla del siglo XVIII se había convertido en el rutinario motor económico del siglo XX. «¿Provocará esta república consolidada, si se establece, en su ejercicio tal confianza y conformidad entre los ciudadanos de estos estados, como para salir adelante sin la ayuda de un ejército permanente? Yo creo que no», insistía el antifederalista «Cato» (probablemente George Clinton): *New York Journal*, 25 de octubre de 1787. Véase *The Debate on the Constitution: Federalist and Antifederalist Speeches, Articles, and Letters during the Struggle over Ratification*, vol. 1, Nueva York, 1993, pp. 216-217.

del *New Deal* permitió siquiera la construcción de un limitado Estado del bienestar entre las décadas de 1930 y 1960. La Décima Enmienda desapareció en esencia de la jurisprudencia del Tribunal Supremo durante la Segunda Guerra Mundial y no regresó hasta el tribunal de Rehnquist, en la década de 1990. Pero si bien el Estado federal estadounidense estaba intrínsecamente limitado como potencial Estado de bienestar social, estaba espectacularmente bien diseñado para crear un imperio comercial exactamente del tipo que tanto Jefferson, con la compra de Luisiana, como Madison, aspirante a conquistar Canadá, casi inmediatamente se dispusieron a construir. Por este motivo, el regreso al fundamentalismo constitucional, tal y como demandan los puristas del Tea Party, eliminaría efectivamente los últimos vestigios del *New Deal*, pero apenas intervendría para contener el crecimiento del Estado de seguridad nacional.

### *¿Más allá del Estado imperial?*

Los liberales estadounidenses dan por hecho el horizonte nacional de acción política. Sin embargo, quizá sea hora de reconsiderar los parámetros de la acción política en Estados Unidos. Es posible que el modelo de confederación claramente europeo propuesto por Vidal hiera el orgullo estadounidense, y además, hay que tomar en cuenta el espinoso asunto de la gestión de una moneda común, sobre el cual la Unión Europea arroja actualmente algunas sombras. De todos modos, los estados estadounidenses poseen su propio modelo de confederación flexible, con el cual Vidal estaba igualmente familiarizado: los Artículos de la Confederación, que gobernaron el nuevo país hasta la ratificación de la Constitución. La aparente fragilidad de la vieja confederación y su necesidad de ir a mendigar fondos a los Gobiernos del Estado podrían revelarse como la mejor manera de destripar el Estado de Inseguridad Nacional, como anticipó claramente Vidal en su propia propuesta de reducción del Estado centralizado<sup>41</sup>.

Si una solución de este tipo permitiría a Texas y al Sur profundo disponer de mayor libertad para llevar a cabo políticas atroces, quizá también haya llegado el momento, más de ciento cincuenta años después del comienzo de la Guerra Civil, de poner fin a la era de las

---

<sup>41</sup>Alguna forma de tributación federal continuaría siendo necesaria probablemente para llevar a cabo incluso un federalismo más flexible. El modelo suizo, que desde la Segunda Guerra Mundial ha permitido el desarrollo de unas facultades tributarias federales estrictamente limitadas, es quizá más utilizable para un Estados Unidos contemporáneo.

«Reconstrucciones». Estas regiones se muestran cada vez más ávidas de devolver el favor de la Reconstrucción con un intento evangélico de reconstruir Estados Unidos aun más completamente a imagen y semejanza de un neoliberalismo fundamentalista basado en la experiencia del Sur y del Sudeste<sup>42</sup>. Las sociedades fundadas sobre la esclavitud son propensas a prosperar en economías políticas que naturalizan la división social, sobre todo cuando además han tenido un acceso continuo a la innovación tecnológica e industrial. En una confederación descentralizada, sin embargo, otros estados y regiones de Estados Unidos serían igualmente libres de desarrollarse más completamente en consonancia con sus propias culturas y tradiciones políticas. Y es bastante posible que la plena realización de estas culturas regionales fuera más plenamente nacional que el chovinismo cada vez más hueco del Estado imperial estadounidense.

---

<sup>42</sup> Véase, por ejemplo, Erica Grieder, *Big, Hot, Cheap and Right: What America Can Learn from the Strange Genius of Texas*, Nueva York, 2013. Por supuesto, un gobierno reducido y favorable a la actividad empresarial forma parte de ese curioso genio: «La actual constitución del estado fue escrita en 1876, menos de una década después de que fuera tomado por republicanos radicales que lo habían sobrecargado, durante la Reconstrucción, con un gobierno mucho mayor de lo que los tejanos estaban acostumbrados o querían» (p. 100). Esto, sin embargo, era algo más que la revuelta de los contribuyentes sugerida por la anodina redacción de Grieder; era una constitución de los «Redentores» que pretendía dar la vuelta a los efectos de la Reconstrucción.